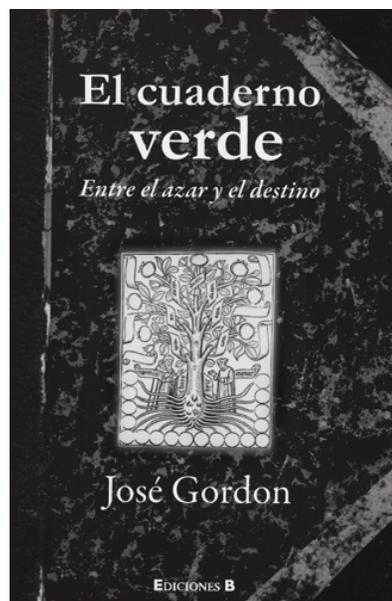


Los intersticios de las cosas

Ignacio Solares



En las cinco secciones que conforman su *Cuaderno verde*, José Gordon se las arregló para atrapar al lector con sus pesquisas y sus hallazgos, sus descubrimientos y perplejidades, con su mirada siempre pugnaz y curiosa, como de niño, pero de un niño sabio, que sabe pero que siempre quiere saber más: qué hay del otro lado, qué se esconde en los recovecos de esa cosa que, nomás por pura convención, para tratar de entendernos y no enloquecer llamamos “realidad objetiva”. ¿Objetiva? Yo la llamaría intersticial, en el sentido del texto hindú, el *Bhairava*: “En el momento en que se perciben dos cosas contradictorias, tomando conciencia del intervalo entre ellas, hay que ahincarse en ese intervalo. Si se eliminan simultáneamente las dos cosas contradictorias, entonces en ese intervalo resplandece la Realidad”.

La fuerza de la persuasión de José Gordon se basa no sólo en la claridad y la constancia, sino en la curiosidad literaria y científica que ha demostrado desde siempre en su trabajo de novelista, ensayista, traductor y periodista cultural a través de sus textos y programas de televisión.

José Gordon se inspiró en los célebres y también coloridos cuadernos de Paul Auster y Salvador Pániker para nombrar su columna semanal en el periódico *Reforma*; textos que ahora ha reunido en forma de libro. Sin embargo, no se trata de una simple selección miscelánea. Se trata de una obra armónica, sugestiva y gozosa, que se lee con delectación. Tanto para el nuevo lector, que se enfrenta por primera vez a estos artículos, como para aquél que los leyó originalmente en las páginas del periódico, este libro les depara pequeñas y grandes sorpresas, ya que los invita a ver el mundo desde otras perspectivas, a despojarse de prejuicios e ideas preconcebidas y lanzarse a la exploración de lo que creemos imposible: a la apertura de otras puertas que nos pueden llevar a mundos apenas explorados.

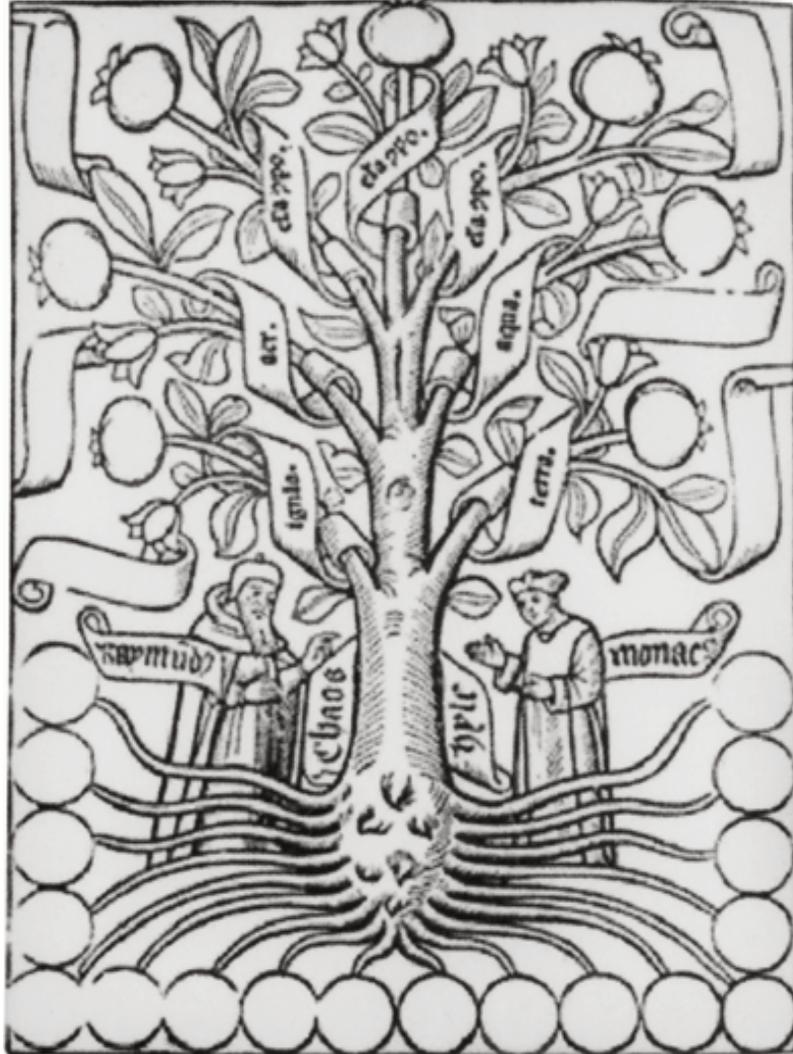
En otro célebre cuaderno, Salvador Elizondo dice que “la razón no puede formular un juicio sobre un cono si concibe a éste equilibrado sobre su cúspide; es preciso para ello que sea concebido asentado sobre su base”. En efecto, eso es lo que nos dicta la razón, pero José Gordon siempre ha sentido una especial fascinación y curiosidad por eso que la razón no alcanza a explicar. Él anda siempre en busca de ese cono inexplicablemente equilibrado sobre su cúspide. Y no ha encontrado sólo uno sino cientos, algunos de los cuales están presentes en las espléndidas páginas de su cuaderno.

Así, José Gordon pone a girar esos conos y nos trasmite la misma fascinación que a él le provocan. Quizá por ello hay una constante en los artículos de José Gordon: un abierto rechazo a ofrecer conclusiones terminantes. Precisamente porque sabe que es imposible darlas, ya que en cuanto alguien se atreve a afirmar algo llega otro y alega exactamente lo contrario, resulta que ambos podrían tener razón, dependiendo de la perspectiva y las circunstancias. Esto queda claramente ilustrado, por ejemplo, en un episodio poco conocido que nos relata Gordon, de la vida de Sigmund Freud: su encuentro con Su rendranath Dasgupta, gran académico hindú y mentor de Mircea Eliade. Arrogante, Freud le pregunta a Dasgupta, quien lo acaba de felicitar por sus aportaciones al estudio de la psicología: “¿Es la mente hindú lo suficientemente aguda para entender mi ciencia?”, a lo que Dasgupta le responde que, de hecho, la antigua cultura de la India había llegado más lejos que Freud en el entendimiento de la mente. No sólo conocía los impulsos subconscientes sino que planteaba la existencia de un espacio de silencio donde era factible modificarlos. Sin dar su brazo a torcer, Freud sentenció que eso era imposible. Con tranquilidad, Dasgupta le sugirió que lo intentara, ya que un hombre de ciencia no podía decir la palabra imposible sin experimentos de por medio. Empecinado, Freud le dice que pondría a sus estudiantes a investigar para hacer un estudio al respecto. Y el profesor hindú le aclara que el estudio de la mente que toca lo que no se ve es una búsqueda, un experimento al que los yoguis, los maestros del silencio, dedican toda su vida. No se trata de un trabajo de dos o cuatro años para obtener un doctorado.

La mayoría de los temas que obsesionan a José Gordon (los límites de la otredad, el papel profético de los sueños, la percepción extrasensorial, la literatura como arte premonitoria, la poesía como clave para descifrar el mundo) se comportan como la luz de acuerdo con la teoría cuántica: como onda y como partícula, sin dejar de ser ni una ni otra. Y a Gordon lo que le interesa, como decimos, es explorar precisamente los intersticios de esa incertidumbre, y por ello cada uno de sus artículos son (para decirlo en sus palabras) “una invitación a caminar entre los huecos de las gotas de lluvia como si nuestra percepción se moviera en cámara lenta y permitiera acomodarnos en una danza perfectamente acompañada”.

Y no cabe duda de que se danza mejor si se hace acompañado; por ello, vale la pena destacar que para Gordon el diálogo con el lector no se acaba con la publicación. En la parte final de cada uno de los textos incluidos en este libro, incorpora relatos, ideas y sugerencias que le hicieron llegar sus lectores, o comentarios de sus amigos sobre el tema tratado, para completarlo o redondearlo.

En su primera novela, *El libro del destino* (1996), José Gordon explora la posibilidad de la existencia de un libro en el que ya estuviéramos escritos y descritos, en el que pudiéramos tener un adelanto de nuestra propia historia y leer ahí las páginas de lo que está por venir. La última sección de *El cuaderno verde* está dedicada precisamente a estos “libros que nos leen”, esos libros que nos marcan, nos afectan, se entrometen en nuestras vidas. José Gordon recurre una y otra vez a los libros de sus autores más amados, como Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Isaac Bashevis Singer, Amos Oz y Octavio Paz, en busca incesante de esas claves para explicarse y explicarnos.



Dice Gordon:

Uno de los fenómenos más fascinantes al enfrentarnos a un texto es comprobar que a la vez que leemos un libro, el libro nos lee, nos abre zonas de nuestra experiencia agazapadas hasta el momento en que lo nombramos.

Es lo que a muchos lectores habrá de ocurrirles cuando se asomen a las páginas de este bello y sugerente *El cuaderno verde*.^U

José Gordon, *El cuaderno verde. Entre el azar y el destino*, Ediciones B, México, 2007, 157 pp.

José Gordon se las arregló para atrapar al lector con sus pesquisas y sus hallazgos, sus descubrimientos y perplejidades, con su mirada siempre pugnaz y curiosa.